

Miguel León-Portilla

“Estudio introductorio”

p. 13-30

Coloquios y Doctrina Cristiana con que doce frailes de San Francisco, enviados por el papa Adriano VI y por el emperador Carlos V, convirtieron a los indios de la Nueva España. En lengua mexicana y española

Miguel León-Portilla (notas, versión del náhuatl, edición facsimilar, introducción y paleografía)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Fundación
de Investigaciones Sociales

1986

220 p.

(Facsimiles de Lingüística y Filología Nahuas 4)

ISBN 968-837-823-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/224/coloquios_doctrinas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

I. ESTUDIO INTRODUCTORIO



Cuando pueblos de culturas diferentes entran en contacto —de modo pacífico o violento—, y sobre todo en cuanto un grupo se enseñorea de otro, sus distintas visiones del mundo, diversas formas de pensar y creer, con gran frecuencia generan confrontaciones, conflictos y persecuciones. Al producirse la penetración europea en África, Asia y el Nuevo Mundo, además de ocurrir enfrentamientos y conquistas, prevaleció casi siempre en los vencedores la idea de que era necesario erradicar las creencias de los sojuzgados, tenidas por idolátricas e inspiradas por el Demonio.

Dolióse de múltiples maneras, por lo que toca a los indígenas americanos, fray Bartolomé de las Casas —conciencia admirable de los hechos de la nación española en el Nuevo Mundo— no ya sólo de la que llamó *Destrucción de las Indias* sino también de los procedimientos de imposición religiosa que, según escribió, más se asemejaban a los adoptados por los belicosos seguidores de la ley de Mahoma. Para él, “el único modo de conversión” suponía un lento camino de diálogo, coloquio y pacífica confrontación, invitando y atrayendo, “como la lluvia y la nieve bajan del cielo, no violenta, no repentinamente, con suavidad y blandura”.¹

Innumerables son los casos referidos por crónicas e historias en los que religión y visión del mundo se impusieron con mínimos o ningunos preámbulos en la comunidad de los vencidos. “Idolatrías, supersticiones, ritos diabólicos y toda suerte de costumbres y creencias gentílicas” fueron perseguidas con celo tan ferviente como inhumano. Pocas, muy pocas, en cambio, son las situaciones que pueden documentarse de diálogos o “coloquios” entre quienes se ostentan como depositarios, por una parte, de las creencias y del saber de los vencedores y, por otra, de los conocimientos y tradición de los vencidos.

Obvio es el interés de este género de testimonios, sea cual fuere su origen y —con las salvedades críticas del caso— aun cuando las confrontaciones, alegatos y posibles refutaciones, hayan sido objeto de transcripción por individuos del grupo de los vencedores. Todavía en los tiempos nuestros contemporáneos la discusión pacífica, en un plano de igualdad y de respeto mutuo, no es realidad frecuente. Por ello, acercarse a antiguos diálogos o coloquios de esta índole resulta lección viva de atractivo excepcional.

Aquí se ofrece, en edición facsimilar, el llamado *Libro de los Colloquios* que tuvieron sobre sus respectivas creencias los doce primeros franciscanos llegados a México en 1524 y algunos *tlamatinime*, sabios indígenas sobrevivientes a la Conquista. El propósito de estas páginas de introducción es facilitar el acercamiento a este testimonio, elaborado, según veremos, aprovechando viejos “papeles y memorias”, por el gran escudriñador de la cultura del México antiguo, fray Bernardino de Sahagún (1500-1590). En su tarea estuvo auxiliado por “cuatro viejos muy pláticos (de adecuada plática o expresión) y entendidos, así en su lengua, como en todas sus antigüedades”,² y también por otros jóvenes, cuyos nombres conservó, asimismo indígenas. De esta suerte —conviene ya subrayarlo— a diferencia de otros testimonios acerca de diálogos y confrontaciones religiosas, en las que fue el miembro de la cultura prepotente quien únicamente puso por escrito lo que se había discutido, en este caso fraile español y sabios y estudiantes indígenas acometieron juntos la reconstrucción de los dramáticos “coloquios” en que se enfrentaron dos muy diferentes modos de entender la existencia.

¹ Fray Bartolomé de las Casas, *Del único modo de atraer a todas las gentes a la religión de Cristo*, advertencia y edición de Agustín Millares Carlo, introducción de Lewis H. Hanke, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, p. 45.

² *Colloquios y doctrina christiana*, fol. 27 v. Allí se refiere Sahagún expresamente a sus colaboradores, entre ellos, “cuatro viejos muy pláticos [expertos], entendidos así en su lengua como en todas sus antigüedades. . .”

Ahora bien, para valorar mejor el testimonio que aquí se reproduce, me parece oportuno recordar antes otros dos casos, hasta cierto punto semejantes, de confrontaciones con diálogos y alegatos, de los que se conocen asimismo las circunstancias en que se produjeron, por cierto de rumbos muy alejados entre sí. La elaboración de estos otros testimonios se debió exclusivamente a los interlocutores de origen europeo.

Discusiones cristiano-gentílicas: Japón, 1551

En dos cartas, escritas por los misioneros jesuitas Cosme de Torres y Juan Fernández, se conserva el testimonio de las “disputas” que en 1551 sostuvieron ellos en Yamaguchi, Japón, con varios sabios, principalmente de filiación filosófico-religiosa zen budista. Las confrontaciones tuvieron lugar en un plano de igualdad, entre otras cosas debido a que los jesuitas, aunque se consideraban a sí mismos depositarios de la verdad absoluta, no actuaron apoyados por la fuerza de un estado que hubiera conquistado al Japón. El padre Cosme de Torres que, por cierto, antes de viajar al Japón había residido algunos años en México, hizo en su carta el registro de los temas más sutiles que debatió él con los zen budistas.³ Entre otras cosas se plantearon cuestiones sobre la posible supervivencia del alma después de la muerte, un retorno a su sitio de origen o una eventual transmigración. El tema de Dios fue asimismo asunto de alegatos: ¿Cómo podemos conocerlo? ¿Cómo es? ¿Dónde está? ¿Cómo se comporta?

A su vez Juan Fernández consignó otros pormenores de las discusiones: los sabios japoneses sostuvieron que todo tiene su origen en los elementos y principios primordiales y a ellos retorna a la postre. El principio último no es bueno ni malo. El tema del Demonio aguijoneó también el pensamiento de los japoneses: ¿Cómo era posible que un Dios bueno mantuviera la existencia de un ser perverso como el diablo? Y, además, ¿por qué ese Dios bueno había tardado tanto en manifestarse a los japoneses?⁴ Los jesuitas esbozaron en sus cartas las respuestas que dieron a los zen budistas. En varios casos les fue forzoso apelar a argumentos teológicos, válidos obviamente para ellos en su carácter de creyentes pero de muy dudosa aceptación para quienes se les mostraron como de sutiles ingenios y aferrados a sus “idolátricas” creencias.

Nada tiene de extraño que el padre Torres en su carta manifieste a sus hermanos de la misma orden jesuítica, a los que dirige su misiva que, para convertir a los japoneses al cristianismo, será menester contar con el auxilio de misioneros bien probados y capaces de argumentar con sólidas razones. En fin de cuentas reconoce que los que llama “japones” merecen no poco respeto:

Estos japones son más aparejados para que en ellos se plante nuestra fe, que todas las gentes del mundo. Son discretos cuanto se puede pensar. Gobiérnanse por razón tanto o más que los españoles. Son curiosos más que cuantas gentes yo he conocido. En platicar de qué manera salvarán sus almas, le servirán a quien los crió. En todo lo descubierto, no hay hombres de su manera.⁵

De hecho, a través sobre todo del escrito del padre Juan Fernández es posible enterarse no ya sólo de las cuestiones planteadas por los sacerdotes y sabios japoneses, sino también de las sutiles respuestas que dieron a las preguntas formuladas por los jesuitas. Estas abarcaron asuntos como los siguientes: si hay o no un principio de todas las cosas; cuál es la diferencia entre los hombres y las bestias; en qué consiste la supervivencia más allá de la muerte. Como puede verse, los referidos diálogos son a todas luces dignos de atención desde la perspectiva del encuentro y confrontación de dos mundos de cultura tan diferentes.

³ Georg Schurhammer, S. J., *Die disputationem des P. Cosme de Torres mit den Budisten in Yamaguchi*, Tokio, 1929, pp. 96-97.

⁴ *Ibid.*, p. 99 y ss.

⁵ *Ibid.*, p. 97.

Diálogos entre un capuchino francés y varios sabios tupi-guaraníes, Brasil, 1613

Debemos al padre Ives D'Evreux, de la orden capuchina, la obra *Viaje al norte del Brasil*, hecha en los años de 1613 a 1614, por largo tiempo inédita, y en la que incluye los diálogos que él sostuvo con los sabios indígenas Pacamao, Tapuytaperá, Iacupen y otros del país de los tupinambás, Brasil, en 1613. Como muestra de estos textos, merecedores de especial atención, citaré algunas de las cuestiones que en su segunda conversación planteó Pacamao al padre D'Evreux.

Al contemplar el crucifijo que le mostraba el misionero, Pacamao, preguntó: “¿Quién es este muerto, tan bien hecho y tan bien extendido en este palo cruzado?” El capuchino le respondió que “representaba al Hijo de Dios, hecho hombre en el vientre de la Virgen, clavado por sus enemigos sobre ese madero. . .”⁶

Considerando el sabio indígena que ese Hijo de Dios era precisamente alguien muy semejante si no es que el mismo *Tupan* que él adoraba, no pudo reprimir su disgusto y admiración ante la respuesta del padre D'Evreux: “¿Cómo *Tupan*? ¿Es posible que Dios muera?” El misionero tuvo esta vez que entrar en varios puntos más complicados. Admitió que “Dios siempre vive, desde la eternidad. . . y que “el que falleció fue solamente el cuerpo. . .” Y añadió que ello se debió a que así Dios venció a *Jeropay*, ser maligno o dios enemigo de acuerdo con las creencias de los tupinambás, grupo al que pertenecía el sabio Pacamao. Y como el capuchino sostuviera que ese *Jeropay* había dominado por largo tiempo a los seres humanos y lo seguía haciendo con los tupinambás, dos nuevas preguntas surgieron de inmediato: “¿Por qué (siendo Dios tan poderoso) ese otro ser había de dominar a los hombres?”⁷ Y, además, ¿por qué se necesitaron la muerte y la sangre de Dios para lavar y liberar a los hombres? Y, como remate, siendo tantos los humanos, ¿cómo iba a correr tanta sangre de un solo ser para lavarlos a todos?

El capuchino consigna en este punto que su respuesta a Pacamao fue: “Eres todavía muy obtuso para comprender estos misterios.”⁸ Y en seguida recuerda que el indígena le contestó (quizá sin que D'Evreux se percatara de una posible ironía) lo siguiente: “Tú y los otros padres sabéis grandes cosas, sois más sabios que nosotros. . .”⁹

Lo hasta aquí citado deja ver el interés de esta conversación de la que, en su obra, el capuchino francés conservó el recuerdo. Él, como antes los jesuitas Cosme de Torres y Juan Fernández, pensó también que valía la pena dar a conocer lo que idólatras tupinambás o japoneses expresaron sobre sus creencias, a veces con sentido “obtuso” y otras con “sutil ingenio”, pero “siempre desde las tinieblas en que el Demonio los mantenía cautivos. . .”

El testimonio de “los coloquios” cuyo facsímile aquí se publica

He insinuado que, de estos diálogos y disputas sobre religión, éste que tuvo lugar en México-Tenochtitlan en 1524, es probablemente el de mayor interés. Por un lado es el más antiguo en esta serie (México, 1524; Japón, 1551 y Brasil, 1613). Por otro, el testimonio nos llega no sólo en lengua de los vencedores sino también en náhuatl. Además en la transcripción participaron un fraile humanista, cuatro viejos sabios y otros estudiantes indígenas.

Para proceder con orden en nuestro acercamiento a este testimonio me fijaré en los siguientes puntos:

1. ¿Cuándo y cómo (en el contexto de su empresa de investigación) fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas transcribieron el texto del *Libro de los Coloquios*?
2. Estructura y contenido del manuscrito.
3. ¿Es éste un testimonio fidedigno de los diálogos o una mera ‘reinención’, consecuencia de los criterios aplicados por Sahagún?
4. Ediciones y estudios de los *Coloquios*.

⁶ Ives D'Evreux, *Viagem ao norte do Brasil*, tradução de Dr. César Augusto Márquez, Rio de Janeiro, Freitas Pastos e Cia., 1929, p. 337.

⁷ *Loc. cit.*

⁸ D'Evreux, *op. cit.*, p. 338.

⁹ *Ibid.*, p. 340.

CUÁNDO Y CÓMO SAHAGÚN Y SUS COLABORADORES INDÍGENAS TRASCRIBIERON ESTE TEXTO

Gracias a lo que refieren otros cronistas, como fray Gerónimo de Mendieta, consta que “luego como llegaron a México (1524) los doce célebres franciscanos, entablaron éstos, (por la lengua de Gerónimo de Aguilar y la Malinche) o de otro intérprete de Cortés [ya estaba, entre otros, Pedro de Gante], pláticas con los señores y caciques, dándoles cuenta de su venida. . .”¹⁰ Y nota asimismo Mendieta que sabía él que “fray Bernardino de Sahagún [que] trabajó en esta obra de la conversión y doctrina de los indios más de sesenta años, dejó entre otros sus escritos, estas pláticas. . .”¹¹

Fray Bernardino, que había nacido en la villa de la que tomó su apellido, Sahagún, en el antiguo reino de León, en 1499 o 1500, que había estudiado en la Universidad de Salamanca, llegó con otros franciscanos a la Nueva España en 1529. Su vida transcurrió luego en la región central de México (conventos de San Francisco, Santiago Tlatelolco, Tepepulco, Xochimilco, Tlalmanalco y otros), hasta que, agotado su cuerpo por largos trabajos como misionero e investigador, pero llena de vida y sabiduría su alma, murió en San Francisco de México, en 1590.¹²

Los escritos de “estas pláticas”, mencionados por Gerónimo de Mendieta quedaron puestos en limpio y con buena letra en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco en 1564. El propio fray Bernardino explica cómo procedió, de qué documentos se valió y quiénes colaboraron con él en esa transcripción. Antes, sin embargo, de atender a lo que él mismo consignó en torno a estos *Colloquios*, parece necesario situar su aportación o rescate de los mismos en el contexto mucho más amplio de lo que fueron sus pesquisas sobre la cultura de los antiguos mexicanos.

El marco general de las investigaciones de Sahagún

Resumiendo aquí lo que modernos estudiosos de la obra sahadunense (W. Jiménez Moreno, Ángel Ma. Garibay K., Luis Nicolau D’Olwer, Howard Cline, Manuel Ballesteros Gaibrois, Charles E. Dibble, Arthur J.O. Anderson, José Luis Martínez y quien esto escribe)¹³ han logrado precisar, puede presentarse la siguiente secuencia en los procesos de investigación y redacción de fray Bernardino.

De 1529 a 1547 actuó como misionero y perfeccionó su conocimiento del náhuatl hasta sobresalir como uno de los principales “padres lengua”. Trabajó además como profesor en

¹⁰ Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, la publica por primera vez Joaquín García Icazbalceta, México, 1870, p. 663.

¹¹ *Ibid.*, p. 213.

¹² Entre las aportaciones modernas sobre la vida y obra de fray Bernardino de Sahagún pueden citarse las de: Wigberto Jiménez Moreno, “Fray Bernardino de Sahagún y su obra”, en *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición preparada por Joaquín Ramírez Cabañas, 5 v., México, 1938, t. I, pp. XIII-LXXXI; Luis Nicolau D’Olwer, *Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1952; Ángel María Garibay K., “La obra de Sahagún como monumento literario”, en *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1953-1954, t. II, pp. 63-88; Miguel León-Portilla, “Significado de la obra de fray Bernardino de Sahagún”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, v. I, 1966, pp. 13-28; Manuel Ballesteros Gaibrois, *Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún*, León, Institución “Fray Bernardino de Sahagún” 1973; Arthur J.O. Anderson, “Sahagún; Career and Character”, en *Florentine Codex*, Introductions and Indices, Santa Fe, N. Mexico, The School of American Research and The University of Utah, 1982, pp. 29-41; Charles E. Dibble, “Sahagún’s Historia”, *Florentine Codex*, Introductions and Indices Santa Fe, N. Mexico, The School of American Research and The University of Utah, 1982, pp. 9-23; José Luis Martínez, *El Códice Florentino y la Historia general de Sahagún*, México, Archivo General de la Nación, 1982. Especial mención merece también aquí el conjunto de estudios por diversos especialistas, editados por Munro S. Edmonson, *Sixteenth-Century Mexico*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1974.

¹³ A la lista de obras descritas en la nota 12 deben añadirse, por su interés en este punto, las siguientes: Howard F. Cline “Sahagún Materials and Studies”, *Handbook of Middle American Indians*, v. 13, Austin, University of Texas Press, 1973, pp. 218-239; Miguel León-Portilla, “La investigación integral de Sahagún y la problemática acerca de ella”, en *Toltecáyotl, aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 101-135; José Luis Martínez “Fray Bernardino de Sahagún y sus informantes indígenas, vida y obra”, en Bernardino de Sahagún, *El México Antiguo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981, pp. IX-VC.

el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, desde su fundación en 1536. Tuvo allí discípulos indígenas que más tarde colaborarían con él. Conoció también allí las investigaciones y textos en náhuatl que había recogido fray Andrés de Olmos.¹⁴

Como él mismo lo notó, escribiendo en 1577, hacía entonces treinta años que había comenzado sus pesquisas dirigidas a conocer con la máxima profundidad la cultura prehispánica de los pueblos nahuas.¹⁵ Estando en 1547 en el convento de Tepepulco, se entrevistó repetidas veces con sabios indígenas que le mostraron viejos libros (códices) y le permitieron transcribir muestras de su “Antigua palabra”, *Huehuetlahtolli*. De esa primera pesquisa obtuvo un gran conjunto de textos: oraciones, discursos, consejos de los padres a sus hijos. . . , de valor inapreciable.

Según parece, entre 1545 y 1551, sus indagaciones lo llevaron a compilar otros materiales asimismo de enorme interés: los testimonios nahuas acerca de la Conquista, “la visión de los vencidos”.¹⁶

La empresa se amplió luego. Con un criterio, paradigma para quienes más tarde harían profesión de antropólogos, se propuso indagar, por medio de informantes indígenas y auxiliado por sus antiguos estudiantes, a los que da crédito, registrando sus nombres. Los focos de su atención fueron: las cosas naturales, las humanas y las divinas. . . Así ha podido reconstruirse un primer esquema de sus investigaciones, el plan que concibió en Tepepulco hacia 1558. Pronto comenzó a recopilar otros muchos textos en náhuatl, además de los ya reunidos, los *Huehuetlahtolli*, ‘Antigua palabra’ y los tocantes a la ‘Visión de los vencidos’. A medida que avanzaba en sus investigaciones alteró su esquema original para volverlo más estructurado y más completo. Fue de hecho la década de 1561-1570 en la que allegó la documentación más amplia, toda ella en náhuatl, sobre los más variados aspectos de la cultura prehispánica, incluyendo pinturas y textos sobre atributos de los dioses, oraciones e himnos, descripciones de las fiestas y sacrificios en función del calendario, saber astrológico y astronómico, organización social y política, comercio, plantas, animales, distintas naciones de Anáhuac, antiguas crónicas, partes del cuerpo, medicina, educación, agricultura, alimentación. . .¹⁷

Hacia 1569 Sahagún había distribuido sus textos nahuas en doce libros.¹⁸ El resto de su vida lo dedicó a revisar, corregir, completar sus manuscritos, guiar a sus discípulos indígenas hacia nuevas empresas que acometerían ellos por sí mismos y a escribir, sobre la base de sus fuentes en náhuatl, la obra más personal suya en castellano, la *Historia general de las cosas de Nueva España*.¹⁹

Justamente al tiempo en que llevaba ya bastante adelantada su recopilación de textos en náhuatl y el ordenamiento de ellos en libros, es decir hacia 1564, fue cuando llegaron a sus manos los que él describe como “papeles y memorias”, no escritos “en lengua mexicana bien congrua y limada”,²⁰ sino probablemente a modo de apuntes o borradores. En tales pa-

¹⁴ Sobre lo que fue la aportación de fray Andrés de Olmos puede consultarse: Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, t. 2, pp. 28-36.

¹⁵ Al final del libro VI, en el *Códice Florentino*, se lee la siguiente anotación respecto de la fecha en que reunió fray Bernardino el conjunto de los huehuetlahtolli. “Fue traducido en lengua española [la suma de estas antiguas palabras] por el dicho padre fray Bernardino de Sahagún, después de treinta años que se escribió en la lengua mexicana, este año de mil y quinientos y setenta y siete, *Códice Florentino*, libro VI, vol. 215 v.

Aunque inexplicablemente, algunos como Nicolau D’Olwer, no toman en cuenta esta fecha al hablar del inicio de los trabajos de fray Bernardino. Garibay la registra y añade además que en ese mismo año de 1547 “un provincial le manda que haga la obra”, *Historia de la literatura náhuatl*, t. 2, p. 66.

¹⁶ Respecto de los textos que reunió Sahagún con la “visión de los vencidos” acerca de la Conquista, tanto Luis Leal y Arthur J. O. Anderson, consideran que los primeros textos sobre esta materia datan de fines de la década de los cuarentas o a más tardar de 1551. Véase Luis Leal, “El libro XII de Sahagún”, *Historia Mexicana*, v. V, núm. 2, octubre-diciembre, 1955, pp. 186-187; Arthur J. O. Anderson, “Sahagún: Career and Character”; *op. cit.*, p. 34.

¹⁷ Para la descripción del contenido de la *Historia*, véase el reciente artículo de Charles E. Dibble, “Sahagún’s Historia”, en *Florentine Codex*, Introductions and Indices, *op. cit.*, pp. 9-23.

¹⁸ En lo que toca a las varias formas de planes y organización que dio Sahagún a su obra, así como al estado de la misma hacia 1569, véase Howard F. Cline, “Bernardino de Sahagún, 1499-1590”, *Handbook of Middle American Indians*, v. 13, pp. 190-197.

¹⁹ Sobre la elaboración del trabajo más amplio que fue el *Códice Florentino*, véase Cline, *op. cit.*, t. 13, pp. 196-198.

²⁰ Recuerda esto fray Bernardino en el fol. 27 v. del manuscrito de los *Colloquios*.

peles y memorias —si damos fe a Sahagún— se conservaban los testimonios de estos *Colloquios* que en 1524 sostuvieron frailes y sabios nahuas.

Proceder de Sahagún con los “papeles y memorias”

Lo que encontró nuestro fraile, en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco (probablemente en su biblioteca, aunque él no lo precisa),²¹ fueron unos apuntes en náhuatl más o menos tosco, dejados allí de tiempo atrás por alguno de los que habían participado en esos diálogos. Sahagún había conocido además a casi todos los doce primeros frailes venidos en 1524, ya que él había llegado a México tan sólo cinco años más tarde. Como cosa cierta puede tenerse que de ellos escuchara relatos y memorias sobre lo que les había acontecido desde que pusieron pie en México. Obviamente —como inicio en los intentos de evangelización— las dichas pláticas se recordarían de modo muy particular.

Por otra parte, junto con los textos en que aparecían dialogando frailes y sabios indígenas, incluían los papeles hallados una “doctrina christiana”, también en lengua náhuatl. Dicha doctrina se asemejaba a otras, incluso a algunas que se habían publicado ya, como la dispuesta por fray Alonso de Molina en 1546.²² A Sahagún, que tan interesado estaba en ahondar en la comprensión del pensamiento y cultura indígenas, debieron atraerle sobremana esos viejos papeles y memorias.

Lo que entonces realizó, sucintamente él mismo lo refiere. Su propósito fue ordenar y poner “en lengua mexicana bien congrua y pulida” dicho texto:

Lo cual se volvió y limó en este Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco este sobredicho año (1564) con los colegiales más hábiles y entendidos en lengua mexicana y en la lengua latina que hasta agora se han en el dicho colegio criado; de los cuales uno se llama Antonio Valeriano, vezino de Azcapuzalco; otro Alonso Vegerano, Vezino de Quautitlán; otro Martín Jacobita, vezino deste Tlatilulco, y Andrés Leonardo, también de Tlatilulco. Limóse asimismo con quatro viejos muy pláticos, entendidos así en su lengua como en todas sus antigüedades.²³

De modo particular en el texto en náhuatl salta a la vista que las expresiones empleadas por los sabios indígenas a lo largo de sus alegatos están estructuradas en el mejor estilo de la lengua clásica y revelan puntualmente aspectos de lo que, por otras fuentes, sabemos era el pensamiento religioso prehispánico. Sin género de duda confirma esto que en el “limar” la lengua y puntualizar lo que se conservaba en los añosos papeles tuvieron parte muy activa los cuatro viejos sabios y los colegiales más entendidos cuyos nombres consigna fray Bernardino. Tiempo es ya de describir las características más sobresalientes del manuscrito que de esta suerte se redactó.

ESTRUCTURA Y CONTENIDO DEL MANUSCRITO

No voy a ocuparme ahora de las características físicas ni del tipo de letra empleado en el manuscrito ni de otras particularidades del mismo. De ello trataré en la introducción que antecede a la reproducción facsimilar del texto de los *Colloquios*. Allí, tras recordar las re-

²¹ Acerca de la biblioteca del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, incluyendo la reconstrucción de su catálogo, véase el reciente trabajo de Miguel Mathes, *Santa Cruz de Tlatelolco: la primera biblioteca académica de las Américas*, presentación de Miguel León-Portilla, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1982.

²² Doctrina Xpina breve traducida en lengua mexicana, por el pe. Fray Alonso de Molina de la Orden de los menores, y examinada por el Rdo. pe. Joan Gonçalez canónigo de la ygl'ia Cathedral de la ciudad de México por mandado del Rm. Sr. don fray Joa de Zumárraga, Obpo. de dha. ciudad, el qual la hizo imprimir en el año de 1546.

²³ Manuscrito original de los *Colloquios*, fol. 27 v.

ferencias que hicieron a este texto varios cronistas y bibliógrafos desde el siglo XVI, recordaré asimismo cómo este libro que se daba por perdido, fue recobrado al menos en parte.

Mi propósito en el presente apartado es describir la estructura y el contenido de lo que fue, en su integridad, la obra que nos ocupa. Es el propio fray Bernardino quien, como puede verse en la presente edición, ofrece, al dirigirse “al prudente lector”, una descripción sumaria de lo que se había propuesto hacer y de lo que de hecho llevó a término. De primera intención pensó que la obra —concebida, como lo comprobaremos, para ser publicada— debía abarcar cuatro libros. He aquí sus palabras:

El primero tiene treinta capítulos que contienen todas las pláticas y confabulaciones y sermones que hubo entre los doce religiosos y los principales y señores y sátrapas de los ídolos . . .

El segundo libro trata del catecismo y doctrina cristiana con que todos los adultos que se quieren bautizar, han de ser primeramente instruidos.

El tercer libro había de ser del suceso que tuvo esta conversión en las manos de estos doce padres y de los que vinieron en espacio de seis años, entre los cuales yo vine, y supe de los primeros todo lo que había pasado desde el principio hasta que yo vine; y me hallé en todo lo que pasó hasta este año de 1564. . .

El cuarto libro de este volumen había de ser una declaración o postilla de todas las epístolas y evangelios de las dominicas de todo el año —que es la predicación que hasta agora se ha usado— muy apropiada en lengua y materia a la capacidad de los indios. . .²⁴

Fray Bernardino indica también por qué alteró luego dicho plan, suprimiendo o dejando aparte los proyectados libros tercero y cuarto. Respecto del tercero, que sería una historia de la evangelización, dice que ya de eso escribió “uno de los doce primeros que se llamaba fray Toribio de Motolinía, y las dejó yo de escribir”. Por lo que toca al proyectado cuarto libro —la declaración de epístolas y evangelios de las dominicas del año— pensó que era mejor prepararlo como obra aparte “por que éste (el *Libro de los Colloquios*) no sea muy grande”.²⁵

Fijándonos ya en los dos primeros libros, antes que nada importa notar que Sahagún mismo proporciona “la suma” de los capítulos de ambos. El primero constó de treinta capítulos y el segundo de veintiuno. Ahora bien este *Libro de los Colloquios*, del que por muchos años se perdió toda noticia acerca de su paradero, al ser redescubierto por el franciscano Pascual Saura en la década de los años veintes de este siglo, en el Archivo Secreto Vaticano (armario I, volumen 91, *Códice misceláneo*, del folio 26 r. al 41 v.), apareció considerablemente trunco.²⁶ El examen del manuscrito muestra que del texto o versión resumida en español se conservan el “prólogo”, los párrafos “al prudente lector”, con los sumarios y títulos de los capítulos de los dos libros originales, y tan sólo los primeros trece capítulos del primer libro. En lo que toca al texto en náhuatl se incluyen (también de sólo el primer libro) los catorce capítulos iniciales.

Todo lo demás, es decir hasta llegar al capítulo treinta del primer libro y, por completo el segundo, faltan. Su paradero, por desgracia, se desconoce.

Obviamente la pérdida más lamentable —al menos desde el punto de vista de quienes nos interesamos por conocer todos los aspectos de esta confrontación de ideas— es la de los capítulos faltantes del libro primero. El segundo, meramente doctrinal, si se atiende a la enunciación de sus capítulos, parece que guardó bastante semejanza, según ya se dijo, con otras doctrinas cristianas que hasta hoy se conservan. De modo especial puede también mencionarse la *Doctrina Christiana* de fray Pedro de Córdoba, obra, en cuya edición, publicada en México por Juan Cromberger en 1544, participaron fray Juan de Zumárraga y fray Domingo de Betanzos. Cabe también recordar, por lo que toca a algunos de sus capítulos, la *Doctrina Christiana en lengua española y mexicana*, por los religiosos de la orden de Santo Domingo, impresa en México, en casa de Juan Pablos, 1548.

²⁴ *Loc. cit.*

²⁵ *Ibid.*, fol. 28 r.

²⁶ José María Pou Martí, O.F.M., *op. cit.*, 282.

Si se concentra la atención de los enunciados del libro primero, se verá que los capítulos de máximo interés, porque en ellos se incluyen las discusiones, son los siguientes: ²⁷

Capítulos 1-5, exposiciones iniciales de los frailes acerca de su venida, quién es el romano pontífice, qué es la Sagrada Escritura, cómo hay un solo Dios y en la tierra un reino que se llama “reino de los cielos” gobernado por el Papa, su representante en la Iglesia.

Capítulos 6-7, respuesta de los indígenas principales y luego argumentación de quienes eran sacerdotes y *tlamatinime*, sabios, desde mucho antes de la Conquista.

Capítulos 8-12, argumentaciones de los frailes; hay un solo Dios; los ángeles caídos —es decir los demonios— son precisamente los dioses que se han adorado por tanto tiempo en México. Se nombran y describen estos dioses insistiendo, una y otra vez, en que no son sino los demonios conocidos ya por los cristianos.

Capítulos 13-14, nuevas explicaciones acerca de la creación hasta llegar al diluvio y la confusión de las lenguas donde vuelve a hacerse referencia insistente al Demonio.

De los capítulos faltantes, los títulos de los que corresponden al 15, 16, 17, 20, 21, 29 y 30 dan indicio de que su contenido tocaba de modo directo al asunto de las confrontaciones de creencias. Cito, a modo de ejemplo, el título del perdido capítulo 16, “De la altercación que hubo entre los principales y los sátrapas de los ídolos, tomada ocasión de lo que se dijo en el capítulo precedente: conviene a saber que sus dioses no fueron poderosos para los librar de manos de los españoles”. Por lo demás, corresponde al “prudente lector” que tenía en mente Sahagún, enterarse en el texto mismo en esta nueva edición facsimilar, de la temática correspondiente a cada uno de los capítulos, puesto que fray Bernardino la describe en sus sumarios de los libros primero y segundo.

Mencioné antes que Sahagún había planeado la publicación de este *Libro de los Colloquios*. Ello se confirma acudiendo a las páginas preliminares (licencia y censura) de la única obra suya que vio impresa, la *Psalmodia Christiana*, publicada en México en 1583.²⁸ En dos lugares se asienta allí que, al igual que se concede licencia para imprimir la *Psalmodia* (con himnos para ser entonados en las fiestas cristianas) lo mismo se autoriza respecto de los *Colloquios y doctrina christiana*.²⁹ El propósito de imprimir también esta obra explica probablemente lo bien dispuesto, claro y limpio del texto manuscrito que se conserva, otra excelente muestra de las dotes de algunos de los copistas que trabajaron para fray Bernardino.

Tales fueron la estructura y el contenido que tuvo esta obra. Obviamente mucho más podría decirse en particular acerca de las ideas y expresiones que aparecen en boca de los sabios y sacerdotes nativos, incluso de los vocablos de que se valen, todos ellos por cierto de auténtico cuño prehispánico. Algo semejante vale también sobre la forma como los frailes aparecen allí vertiendo al náhuatl los conceptos de la doctrina cristiana. En este último aspecto es de suponerse que Sahagún —con la experiencia de sus muchos años como misionero y nahuatlato— introdujera una terminología que sólo con el paso del tiempo se fue haciendo de uso más frecuente y, por consiguiente, mucho más adecuada para los propósitos evangelizadores que la que posiblemente emplearon quienes en su momento actuaron como intérpretes de los doce primeros frailes. De todo esto, sin embargo, no trataré aquí ya que me ocuparé de ello en las páginas que preceden a la versión paleográfica del texto náhuatl y en las notas a la misma y a la traducción al castellano que he preparado.

²⁷ Véase el Sumario completo del libro I en el fol. 28 r. y v. del manuscrito original de los colloquios cuya reproducción se ofrece en esta obra, así como la paleografía del mismo en las pp. 76-77 de la presente edición.

²⁸ Fray Bernardino de Sahagún, *Psalmodia Christiana y Sermonario de los Sanctos del año en lengua mexicana*, México, Pedro Ocharte, 1583, ver páginas preliminares.

²⁹ *Loc. cit.*

¿ES ESTE UN TESTIMONIO FIDEDIGNO DE LA CONFRONTACIÓN ORIGINAL O UNA “REINVENCIÓN” FORJADA POR SAHAGÚN?

Varias veces se ha planteado ya esta pregunta y diferentes han sido las respuestas que ha recibido. El primero en sacar a luz el texto en castellano y una reproducción fotográfica, reducida, de la parte en náhuatl, el padre José Pou y Martí, O.F.M., expresó un juicio más bien negativo:

El objeto de la edición del fragmento de esta obra. . . es enriquecer la literatura mexicana con un libro de uno de los principales misioneros y escritores de aquel imperio, en el cual se describe la conversión de los jefes y sacerdotes del mismo. No hay que buscar en él importantes noticias históricas que no se sepan ya por otros escritores del siglo XVI, ni siquiera estamos seguros de que no haya ampliado su autor las pláticas de los doce primeros misioneros que, como él dice, encontró escritas “en papeles y memorias” sin orden. . .³⁰

En cambio, la distinguida mexicanista Zelia Nuttall, que dio a conocer esta obra en México en 1927, se inclinó por asignar plena historicidad a este libro e incluso manifestó que la pérdida de los capítulos faltantes podía explicarse como debida a las autoridades reales que pudieron ver en ellos “disertaciones sobre la religión antigua, hechas por los mismos sacerdotes indios.”³¹

El siguiente en fijarse en los *Colloquios* —primer paleógrafo del texto en náhuatl y traductor del mismo al alemán— el estudioso Walter Lehmann, cuya edición póstuma apareció en 1949, se pronunció también por la historicidad de los mismos. A su parecer:

No se exagera cuando se califica a este texto de extraordinario. En él se reflejan los intercambios en los que se confrontaron la fe y el pensamiento europeos con el antiguo universo de los mexicanos, cuyos ¡Dioses han muerto!, como lo expresa el mismo texto. . .³²

Congruente con tal punto de vista es el título que el mismo Lehmann dio a su edición: *Sterbende Götter und Christliche Heilsbotschaft, Wechselreden indianischer Vornehmer und spanische Glaubenapostel in Mexiko, 1524* (Dioses que mueren y mensaje cristiano de salvación, diálogos de indígenas principales y apóstoles españoles de la fe, México, 1524).

Distinta fue la postura asumida (1954) por quien se distinguió como eminente maestro, el padre Ángel Ma. Garibay K. Consideró él, como ya antes lo había manifestado el padre Pou y Martí, que el *Libro de los Colloquios* era una aportación que extrañamente califica de “carácter tendencioso”. A su parecer es esta una obra de fines “edificantes”, es decir concebida para mostrar idealmente cómo los primeros frailes convencieron a los indígenas de sus errores y al fin los atrajeron al cristianismo. Admite que existió una base histórica. Esta consistió en que:

Los frailes conversaron con algunos principales, con algunos sacerdotes, no en la estruendosa forma en que se pretende, casi teatral. . . De este núcleo sacan, de este fundamento construyen los indios redactores [colaboradores de Sahagún] su libro en náhuatl. La obra es literatura mucho más que historia. . .³³

Por mi parte, cuando por vez primera ofrecí en *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes* (1956) una versión castellana de la parte central del capítulo VII y de algunos fragmentos del VI, me incliné por la tesis de Walter Lehmann y Zelia Nuttall en el sentido de una historicidad como atributo de este texto.³⁴ Admití, y lo sigo haciendo, que hubo revisión de

³⁰ Pou y Martí, *op. cit.*, p. 295 (y 19 de la separata o sobretiro).

³¹ Zelia Nuttall, “Prólogo”, el Libro perdido de las pláticas o colloquios. . .”, *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, t. I, núm. 4, México, 1927, p.p. 102-105 (del Apéndice Documental).

³² Walter Lehmann, *Sterbende Götter . . .*, *op. cit.*, p. 11.

³³ Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, *op. cit.*, t. 2, p. 241.

³⁴ Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, prólogo de Ángel María Garibay K., 1a. edición, Instituto Indigenista Interamericano, 1956, ver sobre todo pp. 137-144.

los antiguos “papeles y memorias” y que se complementó y pulió lo que allí se conservaba pero, dando crédito a Sahagún y a cronistas como fray Gerónimo de Mendieta, no me parecieron suficientes los argumentos de mi maestro, el padre Garibay, para dudar de la veracidad sustancial de este testimonio.

Más recientemente Jorge Klor de Alva, a quien considero perspicaz discípulo, ha vuelto a replantearse la misma cuestión en un artículo intitolado “La historicidad de los Coloquios de Sahagún”, publicado en el volumen XV de *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1982.³⁵ Después de examinar los puntos de vista antes expresados sobre esta materia (y que son los que aquí he citado ya), formula cautelosamente su propio parecer. Reconoce que hubo una base documental, “los papeles y memorias” que Sahagún afirma haber encontrado. Piensa además que es necesario admitir que, a partir de la llegada de los primeros franciscanos, ocurrieron inevitablemente diversas maneras de confrontaciones sobre asuntos de interés religioso. Más aún externa la opinión de que, así como es de aceptarse la existencia de esas pláticas o coloquios iniciales con el auxilio de intérpretes, también hay base para afirmar que a lo largo de los años y décadas siguientes —en el contexto del proceso de evangelización— ocurrieran por lo menos otros intentos de discusión. En algunos de ellos —añade Klor de Alva— es muy probable que el mismo Sahagún participara. De esta suerte —auxiliado por los cuatro viejos sabios y sus estudiantes trilingües y de hábil ingenio— tuvo él amplia base de experiencia y testimonios, para llevar a cabo una reelaboración, en cierto modo arquetípica, de los que se presentan como coloquios, los más antiguos, entre los doce frailes y los sabios nativos. Y, entre los propósitos que pudo tener fray Bernardino al disponer su trabajo para ser impreso, es verosímil que ocupara lugar preferente el de:

presentar el catecismo y doctrina cristiana sobre una base histórica. El perfil de esa base histórica se puede ver debajo del traje doctrinal en que se reviste. . .³⁶

De hecho, como ya lo hemos comprobado al atender a los sumarios de los dos libros originales en que distribuyó Sahagún los *Colloquios*, muchos capítulos del primero y casi todos los del segundo no son otra cosa que una bien formulada exposición del mensaje cristiano, hecha al modo de las clásicas doctrinas del siglo XVI.

Considero, por mi parte, que contra lo que algunos han expresado a veces, en el sentido de que los indígenas de Mesoamérica pronto se sometieron no sólo al poder militar y político de los conquistadores y de las autoridades reales, sino también al de los religiosos y la Iglesia, existen testimonios, a veces olvidados, que muestran que hubo también posturas de crítica y rechazo de las creencias y prácticas que se les quería imponer. Remito a los interesados al artículo que escribí precisamente sobre este tema, “Testimonios nahuas sobre la conquista espiritual.”³⁷ Basta recordar aquí algunos de los testimonios reunidos con base en expedientes del Santo Oficio de la Inquisición en la obra *Procesos de indios idólatras y hechiceros*.³⁸ Y también en varias crónicas del mismo XVI se recogen expresiones que denotan que no todo fue de fácil aceptación. Así, por ejemplo, varios antiguos señores de Tlaxcala manifestaron que, a sus ojos, el cristianismo implicaba precisamente negar cuanto puede dar placer y alegría al hombre en la tierra. Y, refiriéndose de modo particular a los frailes, dijeron:

Estos pobres deben de ser o están locos, dejadlos vocear, a los miserables. Tomádoles ha su mal de locura; dejadles estar, que pasen su enfermedad como pudieren. No les hagáis mal, que al cabo éstos y los demás han de morir de esta enfermedad de locura. Y mirad, si habéis notado, cómo a medio día, a media noche y al cuarto del alba, cuando todos se regocijan, éstos dan voces y lloran.

³⁵ Desde luego era pertinente replantearse, con una perspectiva más amplia, si el *Libro de los Colloquios*, constituía o no un testimonio histórico. J. Jorge Klor de Alva lo ha hecho, tomando en cuenta una más amplia documentación y elementos de carácter comparativo: “La historicidad de los colloquios de Sahagún”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, t. XV, pp. 147-184.

³⁶ Klor de Alva, *op. cit.*, p. 158.

³⁷ Véase Miguel León-Portilla, “Testimonios nahuas sobre la conquista espiritual”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, t. XIV, p.p. 11-36.

³⁸ Véase: *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, nota preliminar de Luis González Obregón, México, Archivo General de la Nación, 1912 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, III).

Sin duda es mal grande el que deben de tener porque son hombres sin sentido, pues no buscan placer ni contento sino tristeza y soledad.³⁹

Críticas como ésta —no exenta de punzante ironía— aparecen de vez en cuando en crónicas y textos indígenas. Por ello no fue necesario que Sahagún o sus colaboradores se valieran de una especie de ficción literaria para poner en labios de los sabios y sacerdotes mexicas la exposición que aparecen haciendo en los *Colloquios*, describiendo y defendiendo sus antiguas creencias y formas de proceder. Tanto en los “papeles y memorias” citados por fray Bernardino, como a lo largo de su actuar como misionero, fácilmente pudo haber encontrado argumentaciones como las que incluyó, o mejor quizás transcribió, al ponerlas en limpio y en lengua “bien congrua y limada”. De este modo, no ya sólo la amplia participación que tienen en los *Colloquios* los doce primeros franciscanos corresponde a sus formas de enseñanza y doctrina, sino que también lo afirmado por los *tlamatinime*, sabios y sacerdotes de la religión prehispánica, constituye estructurado rescate de lo que en diversas circunstancias manifestaron, como informantes o haciendo defensa de su pensamiento.

Tan es verdad que, sobre todo el contenido de los capítulos sexto y séptimo, constituyó una concisa y clara exposición de lo más sobresaliente del antiguo pensamiento religioso y moral que —como ya vimos que lo llegó a suponer Zelia Nuttall— el hecho de que el *Libro de los Colloquios* no llegara a publicarse, puede haberse debido:

al plan de acción adoptado por las autoridades eclesiásticas, cuando la Inquisición fue establecida en México por el obispo Moya de Contreras.

Les pareció peligroso perpetuar la memoria de las prácticas idólatras que el Santo Oficio se empeñaba en desarraigar. . .

Es lógico que [a pesar de las licencias que originalmente se habían concedido] los inquisidores se opusieron y permitieron solamente que la *Psalmodia* se publicara [la otra obra de Sahagún aprobada, según ya vimos, junto con los *Colloquios*] y mandaron a España los *Colloquios* porque contenían disertaciones sobre su religión antigua, hechas por los mismos sacerdotes indios.⁴⁰

Cosa probable es que justamente la percepción de que en tal manuscrito hubiera auténticas disertaciones de los sacerdotes indígenas, fuera lo que impidió su publicación, a diferencia de la *Psalmodia christiana*, en la que los himnos incluidos en náhuatl no despertaron sospecha alguna.

A modo de conclusión sobre el tema de la historicidad de este texto cabe decir, en primer lugar, que es obvio que hubo reelaboración y —como lo expresó Klor de Alva— el rescate se hizo probablemente para anteponer “una base histórica” a la introducción de las enseñanzas de la doctrina cristiana entre los indígenas. Ello, sin embargo, no invalida que el meollo de lo que en los coloquios expresan frailes y sabios nativos corresponda a lo que en varias circunstancias ocurrió en la realidad. Y además —si también aquí damos crédito a Sahagún y, no veo por qué no debemos dárselo— su afirmación, en el sentido de que lo pulido y ajustado por él correspondía a lo que ocurrió en 1524, acaba de certificarnos que fundamentalmente nos hallamos no ante una ficción literaria sino frente a la recordación de un suceso histórico.

En plena coherencia con las circunstancias de lo que debió ser el contacto entre los frailes y los mexicas, las secciones o capítulos iniciales de los *Colloquios* incluyen varias formas de expresión. En ellas los franciscanos explican en primer lugar por qué han llegado a México; indican en una segunda alocución quién es el Sumo Pontífice que los ha enviado; tratan luego de la existencia de una *teutlahtolli*, ‘palabra divina’, incluida en un *teoamoxtli*, ‘libro divino’ (las Sagradas Escrituras), base y punto de partida de su enseñanza. Pasan luego en sus disertaciones cuarta y quinta a presentar dos temas fundamentales que se derivan del libro divino y constituyen el meollo de la misión que, como maestros, han recibido del Sumo pontífice: quién es el único Dios y cómo es que existe un reino de los cielos, gobernado por ese Dios cuyo representante en la tierra es precisamente el ya mencionado Sumo pontífice.

³⁹ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, publicada y anotada por Alfredo Chavero, México, Secretaría de Fomento, 1892, p. 165.

⁴⁰ Nuttall, *op. cit.*, p. 103.

Como podría esperarse, lo que habían contemplado con sus propios ojos los franciscanos, en los ya semiderruidos templos indígenas, y lo que habían escuchado desde su llegada acerca de la multitud de ídolos y sacrificios sangrientos, los lleva a externar su preocupación y su rechazo frente a las creencias nativas. Plantean incluso preguntas que constituyen un desafío para los señores mexicas que los escuchan. Tras evocar algunos de los nombres de los dioses de Anáhuac (Tezcatlipoca, Huitzilopochtli, Tláloc. . .), hacen los franciscanos cuestionamientos como éste:

Si fueran dioses verdaderos,
si de verdad fueran el Dador de la vida,
¿por qué mucho se burlan de la gente?
¿por qué de ella hacen mofa?
¿por qué no tienen compasión
de los que son hechuras tuyas?

. . . de día en día,
demandan sangre, corazones.
Por esto son muy temibles a la gente.
Mucho provocan el miedo
sus imágenes; sus hechicerías,
son muy negras, muy sucias,
muy asquerosas. . .⁴¹

Congruente con lo que debió ser la reacción de los mexicas al escuchar ante todo la relación acerca de los motivos de la venida de los frailes y luego sus prédicas y condenación de las creencias nativas, el texto de los *Colloquios* recoge en sus capítulos sexto y séptimo las respuestas, primero de los señores y antiguos gobernantes y luego de los sabios y sacerdotes. Palabras de gran dramatismo son las que expresan. A no dudarlo, en la reelaboración y pulimiento que de ellas hicieron Sahagún y sus colaboradores, se decanta, por así decirlo, una precisa exposición de la antigua *Teo-matiliztli*, ‘sabiduría de lo divino’. Y aunque como ya lo dijimos, hubo reelaboración de lo que había sido el testimonio dejado en “papeles y memorias”, lo que manifiestan los indígenas en el texto de los *Colloquios* corresponde plenamente a lo que, gracias al estudio de códices, textos en náhuatl y otras fuentes, hoy podemos conocer sobre su religión y visión del mundo.

EDICIONES Y ESTUDIOS DE LOS COLLOQUIOS

De interés será hacer aquí un elenco de los trabajos —incluyendo ediciones parciales o de otra índole— que han tenido como asunto este *Libro de los Colloquios*. Es natural que no fuera sino hasta que ocurrió el “redescubrimiento” de la parte que se conserva de los *Colloquios* cuando empezaron a aparecer algunos trabajos en relación con los mismos. La primera noticia del hallazgo hecho por el padre Saura en el Archivo Secreto Vaticano, así como una paleografía del prólogo, índice de capítulos y texto en castellano de Sahagún, con una reproducción facsimilar de los catorce capítulos existentes en náhuatl, la debemos según vimos, al padre José María Pou y Martí, O.F.M. :

“El libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México”, *Miscellanea Francesco Ehrle*, Roma, Bibliotheca Vaticana, 1924, v. 3, p.p. 281-333.

De dicho estudio, incluido en el citado volumen, existe una ‘separata’ o sobretiro que ostenta el siguiente pie de imprenta: Roma, Tipografía del Senado, del Dott. G. Bardi, 1924.

Solamente tres años después la noticia del descubrimiento de este importante manuscrito alcanzó, como era justo, más amplia difusión en México gracias a la publicación preparada por la mexicanista Zelia Nuttall. Dispuso ésta nuevamente para la imprenta, tanto la ya mencionada paleografía de la parte en castellano como la reproducción facsimilar de los ca-

⁴¹ *Libro de los Colloquios*, manuscrito original, fol. 33 v.

pítulos conservados en náhuatl. A ello antepuso una breve presentación a modo de prólogo. Ya nos enteramos de que en la misma se planteó Zelia Nuttall la cuestión de la historicidad de los *Colloquios*, inclinándose por una respuesta afirmativa. Su edición apareció incluida en tres números del tomo I de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*:

“Apéndice: el libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México por fray Bernardino de Sahagún. (Prólogo y notas de Zelia Nuttall)”, *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, t. I, núms. 4, 5, 6 (páginas de los respectivos apéndices: 101-117, 118-148, 149-155).

Varios años transcurrieron, hasta el de 1949, cuando por fin apareció publicada la primera edición de cuanto se conservaba en el manuscrito, con una introducción que había dejado inédita el meritorio investigador alemán Walter Lehmann y asimismo con la paleografía hecha por él del texto náhuatl, distribuido en párrafos numerados y con una traducción, bastante fiel, al alemán. Esta edición, acompañada no sólo del estudio introductorio sino también de pertinentes notas, fue sacada a luz diez años después de la muerte de Lehmann, por otro mexicanista alemán, el doctor Gerdt Kutscher:

Sterbende Götter und christliche Heilsbotschaft. Wechselreden indianischer Vornehmer und spanischer Glaubensapostel in Mexiko, 1524, “Colloquios y doctrina christiana”, des fray Bernardino de Sahagún, aus dem Jahre 1564. Spanischer und mexikanischer Text mit deutscher Übersetzung von Walter Lehmann, Aus dem Nachlass herausgegeben von Gerd Kutscher, Stuttgart, 1949.

Nuevo acercamiento al libro de los *Colloquios* es el que llevó a cabo el padre Ángel María Garibay K., al ocuparse en la segunda parte de su *Historia de la literatura náhuatl* (1954), de las obras que se elaboraron en los tiempos posteriores a la Conquista.⁴² Analiza allí Garibay el contenido de lo que conocemos de este manuscrito, ofrece asimismo traducción al castellano de unos pocos párrafos para ilustrar precisamente por qué, en su opinión, no puede atribuirse autenticidad histórica a estos *Colloquios*. Si respecto de ello ha externado un juicio negativo, no puede, en cambio, dejar de manifestar un hondo aprecio por la temática del que considera, en fin de cuentas, como un valioso documento. Lo que, a modo de resumen, asentó a propósito del *Libro de los Colloquios*, ciertamente estaba dirigido a despertar nuevo interés por dicha obra. He aquí las palabras de Garibay:

Hay mucho que estudiar en este escrito y lamentar la pérdida de los capítulos que faltan al primer libro y todo el segundo.

Aun con los fragmentos que nos quedan podemos formar un juicio y decir que en esta obra, que pudiera alguna vez aparecer en el hacinamiento de papeles antiguos, con toda su integridad, hallamos la tendencia netamente humanista de los indios de Tlatelolco a reconstruir en sus propios moldes la vida del pasado. Aquel nacionalismo, que se cree ser de etapas posteriores, fácilmente se advierte que ya comienza a florecer en documentos del mismo siglo de la Conquista. Vencidos y dominados los nativos, tratan de conservar para la historia y la cultura del porvenir la memoria de sus heroicos hechos y adquirir así la gloria que nunca muere: la de la poesía creadora, que resulta eterna.⁴³

A continuación debo citarme ahora, ya que, al publicar en 1956 la que fue mi tesis para obtener el doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México (1956), atendí con cierto detenimiento a los *Colloquios* y ofrecí la primera versión directa al castellano de la mayor parte del texto en náhuatl del capítulo VII y de parte del VI.⁴⁴ Interesado en presentar lo que designé como *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, consideré que en las respuestas que dieron los *tlamatinime*, sabios nahuas, a los primeros franciscanos, se encerraba como en síntesis lo más sobresaliente de sus concepciones y creencias en relación con la divini-

⁴² Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, t. 2, p. 240 y ss.

⁴³ *Ibid.*, pp. 245-246.

⁴⁴ León-Portilla, *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1956, p. 83 y pp. 138-141.

dad y el universo de las realidades espirituales. A casi treinta años de distancia de esa publicación —de la que, perdónese me la vanidad en decirlo, se han hecho numerosas ediciones en castellano, inglés, ruso, alemán y francés— se ha acrecentado ciertamente el interés por valorar más amplia y profundamente lo que fue la actitud indígena ante lo que otros han llamado “la conquista espiritual”. De modo particular contribuyó asimismo a avivar este interés la presentación de otros textos en los que el acontecer en general del drama de la Conquista se contempla desde el ángulo de la *visión de los vencidos*.⁴⁵

En años posteriores, dentro ya de la década de los sesentas, dediqué algún tiempo a preparar la traducción completa de los catorce capítulos de los *Colloquios* que se conservan en náhuatl. Otras tareas me habían impedido hasta ahora sacar a luz dicho trabajo, con su correspondiente *Estudio Introductorio*, nueva versión paleográfica del manuscrito original y las necesarias notas.

Debemos al ya citado doctor Klor de Alva la publicación hecha en 1980 de una primera traducción completa al inglés del original en náhuatl de los *Colloquios*. Su trabajo en el que, como él mismo cumplidamente lo hace notar, tomó en cuenta la versión al alemán de Lehmann y la que yo había preparado al castellano, que con gusto le facilité, además de incluir asimismo la paleografía del náhuatl, va precedido de una breve pero pertinente introducción y acompañado de notas, concebidas sobre todo para esclarecer conceptos y lecturas que podrían tenerse como discutibles, del texto original. Esta valiosa aportación de Klor de Alva no ha circulado tan ampliamente como sería deseable. Fue publicada en:

Fray Bernardino de Sahagún, J. Jorge Klor de Alva, Translator, “The Aztec-Spanish Dialogues 1524”, *Alcheringa, Ethnopoetics*, v. 4, núm. 2, Boston University, 1980, p.p. 52-193.

Al mismo autor hay que agradecer otra contribución tocante asimismo a este manuscrito. Me refiero a su citado artículo sobre “La historicidad de los coloquios de Sahagún”, aparecido en *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. XV, México, Universidad Nacional, 1982, p.p. 147-184.

Debo añadir que —estando ya en la imprenta este volumen— he tenido conocimiento de otro trabajo directamente relacionado con los *Colloquios*. Forma éste parte de una obra debida al sacerdote Juan Guillermo Durán, profesor de historia de la Iglesia, en la Facultad de Teología, de la Pontificia Universidad Católica Argentina, en Buenos Aires. La obra, titulada *Monumenta Catechetica Hispanoamericana, siglos XVI-XVIII*, lleva el pie de imprenta de la mencionada universidad y apareció en 1984. En su conjunto constituye una interesante compilación, con análisis y valoración, de los principales géneros de aportaciones hechas por los misioneros sobre todo en México, y en mínima proporción en Santo Domingo y Colombia, en lo tocante a obras para la evangelización de los indígenas.

Incluye así apartados acerca de “los catecismos pictográficos”, “doctrinas cristianas”, “confesionarios”. . . En tal contexto se presenta el libro de los *Colloquios*. Después de describir su origen, ofrece el propio Juan Guillermo Durán la transcripción de la parte castellana, indicando que ya antes la había publicado.

La edición más moderna del texto castellano completo es la que nosotros dimos a conocer bajo el título “Los Coloquios de los doce apóstoles en México”, en la revista *Teología* (publicación de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina), tomo XVI, núm. 34, Buenos Aires, 1979, p.p. 131-185. Esta misma edición, realizada directamente sobre el *Manuscrito Vaticano*, es la que ahora presentamos.⁴⁶

De dicha transcripción diré tan sólo que en ella se moderniza la ortografía del texto. Por lo demás el hecho de concederse en esta *Monumenta Catechetica* tan particular atención a los *Colloquios*, deja ver el interés que, desde diversos ángulos, continúan despertando.

⁴⁵ *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*. Selección y notas de Miguel León-Portilla, versión de textos nahuas Ángel María Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959 (Biblioteca del Estudiante Universitario 81). Existen numerosas reimpresiones de este libro.

⁴⁶ Juan Guillermo Durán, *op. cit.*, p. 310.

Estos son, hasta ahora, los estudios y publicaciones del manuscrito de los *Colloquios*. No creo necesario ponderar ni siquiera describir las características de la presente edición. Ya me he ocupado de ello en el *Prefacio y necesaria advertencia*. Allí, con cierto detenimiento, describo las cinco partes de que consta.

De la traducción del texto náhuatl que he preparado y aquí ofrezco, sólo diré que la concluí hace ya más de diez años. Teniendo siempre en mente el propósito de que fuera lo más fiel posible al texto en náhuatl, la he revisado y corregido en dos ocasiones. En modo alguno pretendo que mi versión esté libre de defectos. Diré al menos que, con conciencia de la importancia de este manuscrito, me he esforzado en apegarme al náhuatl, adaptando el castellano, aunque sin hacerle violencia, a las peculiaridades de la *frasis* de la lengua indígena.

Tan sólo me resta, por consiguiente, invitar al lector a adentrarse en el contenido de lo que en esencia es valioso testimonio, reflejo de la confrontación que ocurrió entre dos visiones del mundo, dos religiones profundamente distintas. Fray Bernarino de Sahagún, que recogió y pulió el antiguo texto, no limitó sus esfuerzos a una mera tarea de rescate, de por sí en extremo valiosa, del legado cultural prehispánico. En aportaciones suyas como ésta de los *Colloquios*, quiso mostrar algo de la significación que tuvieron las confrontaciones entre culturas tan diferentes como las de vencedores y vencidos.

Por mi parte pienso que traer al contexto de nuestro propio tiempo testimonios como éste, tiene nuevas formas de sentido. También ahora diferentes visiones del mundo, opuestas ideologías, continúan siendo motivos de conflictos. ¿Será posible encontrar caminos para lograr que tales confrontaciones puedan llevarse a cabo en un plano de igualdad y respeto mutuo?

